

una vida mansa en la que había más tierra que agujeros. Con un sosiego desconocido pasearon por la ciudad; se sentaron en sus plazas y se dejaron llevar por un ritmo lento y antiguo en el que los sobresaltos debían llamar a la puerta antes de entrar.

María, durante aquellos días, más que ver la ciudad, vio vivir a Héctor. Lo observó en cada acto cotidiano, en cada pequeño movimiento; por la mañana, cuando Héctor se despertaba, María espiaba sus gestos y cuando se cercioraba de que nada ajeno caminaba por su rostro, sólo entonces se dejaba tocar. Aunque su cuerpo no tiritaba, Héctor aceptaba el pequeño temblor que quedaba entre una piel y otra, pensado que ése era el lugar al que llegar; algo que no había por qué perseguir, ni intentar desazonadamente recuperar, puesto que era su espacio definitivo. María acariciaba a Héctor con lentitud, se demoraba sabiendo que ya no le haría más daño, que ya casi nada importaba demasiado en Héctor, a no ser la mansedumbre de las horas a su lado.

Después, durante mucho tiempo, ninguno de los dos recordaría en voz alta aquel viaje.

*María estaba arrancando malas yerbas del jardín; aquella mañana Héctor andaba quejándose de su destino, murmurando su desolación, y miraba con ligeras náuseas la capacidad de aceptación de María. Se llevó la mano a las tripas y, de forma oscura, supo que en realidad la amaba más que nunca; de esto tuvo clara certeza, aunque ese estremecimiento le produjo un miedo que pataleaba al saber que sin aquella mujer que a veces lo miraba con un sentimiento de cansada compasión, con una compasión que a él le producía náuseas, la vida era imposible. A pesar de eso, en ocasiones deseaba que no existiera, que no hubiera existido nunca la historia que juntó sus vidas: así ella desaparecería y dejaría de mirarlo vivir desde ese rincón de atardecer, cuando los muertos resucitan, ese rincón en el que se instalaba con aquellos ojos grandes de infancia cruel, implacable y justa. Entonces se sentía como un gran insecto y ya no sabía qué le daba más asco, si ella mirándolo o las antenas que le habían crecido a él. Y María estaba cansada de ver vivir a Héctor, harta de que su tiempo existiera para verle las heridas que cada vez tenían más aspecto de llagas. El lunes había que lamérselas, el martes mejor no tocarlas porque dolían demasiado, el miércoles ni mirarlas porque se avergonzaba de ellas, el jueves «lo lamento, sé que soy injusto, pero tienes que entender que vivo en carne viva», y ni siquiera el domingo se descansaba, porque allí no existía Dios. A fuerza de mirarle las llagas a Héctor, María terminó por no ver las suyas, o por pensar que las suyas*

no ensuciaban ni olían agrias. Y sin embargo, por fin nada estaba claro salvo el sentimiento de seguir sufriendo juntos.

El viaje hacia Lisboa quedaba muy atrás en su memoria: como esos vagos temores infantiles de los que no pudieron o no quisieron desvelar el significado, pero que allí, al fondo, agazapados, guiaban su existencia. Así fue resbalando el tiempo; un tiempo extraño, plano y susurrante, un tiempo en el que a cada paso que daban la vida se acumulaba a su espalda: la tarde se quedaba pegada a la mañana, el café a la comida, el martes al lunes, y la memoria crecía a lo ancho y no a lo hondo. María cuidaba del jardín y procuraba que la casa no tuviera un permanente aire de ruina (porque el musgo crecía incansable, las goteras se abrían cada semana y los insectos no hacían caso de su presencia). Por su parte, Héctor dedicaba el día a pelear con su desgana y sus túneles; era un esfuerzo inútil, aunque en algo había que ocupar las horas: había caído en un abismo de pequeños terrores y obsesiones y, a cada paso que daba por la casa, tenía la sensación de golpearse contra los muros. Desde que llegaron se le habían resucitado algunos espantos y cada vez le era más difícil apaciguarlos. María, pasito a pasito, se convirtió en un personaje desvaído y melancólico que procuraba atarse a la vida por algún hilo menos cruel que el dolor que la unía a Héctor. Algunas tardes se sentaban en el jardín, junto a las vías del tren; tardes a las que llegaban después de un día atroz de caminar por una vida densa, enmarañada, llena de vocecitas de baúl, de niños muertos, de disimular las incurables heridas haciéndose otras más pequeñas que, más que doler, escocían durante horas. Así llegaban a la tarde, con los ojos líquidos por la culpa, el desánimo y la esperanza. Entonces se sentaban arrimados a esa hora ocre, cercana a lo apacible, y se daban una tregua sin otra finalidad que la de juntar fuerzas para seguir muriendo. En esa quietud les invadía la certeza en la memoria de que existía un remoto mar con una orilla a la que no llegaba la niebla y desde la que no se podían ver las inexorables ruinas; allí el musgo no crecía más rápido que los deseos. Sin embargo, no tardaban mucho en averiguar que ellos estaban del otro lado.

María tenía un sabor extraño en la boca, y la sensación de que algo andaba moribundo en su conciencia. Héctor, deambulando por la casa, la descubrió sentada en una esquina de la cocina y recordó cómo la había buscado la anterior noche de insomnio, cómo la había despertado en la madrugada y con qué desesperanza ella se había dejado desear. En aquella esquina, mientras comenzaba el día, María tenía el rostro fijo y febril y Héctor vio en ese rostro deseos que la noche anterior habían sido rincones vacíos. Se sentó junto a ella; aunque hacía tiempo que el diálogo entre ellos, así lo habían pactado, tenía el tono de la utilidad cotidiana, Héctor supo que aquella mañana tenía que romper el pacto. «María, esta pequeña muerte es un

*desastre. Tengo una muerte mediocre que no es ni espantosa, sólo es susurrona y mordaz; como las termitas en las vigas de esta casa, se me cuele en la conciencia y no me deja dormir». Héctor esperó la voz de María, pero ella, regresando de un rincón profundamente secreto, miró a Héctor, se recogió el pelo en una pequeña trenza y se limitó a pedirle que la ayudara a ordenar la casa. Lo pidió con tanta necesidad que Héctor no tuvo más remedio que asentir y no preguntar. Lo fueron guardando todo, cada libro en su sitio, cada papel en su cajón. María estiró cuidadosamente la cama, colocó las tazas en fila y barrió los destrozos de la humedad. Mientras, Héctor intentó espantar los insectos y guardó meticulosamente cada una de sus fraternales heridas. Cuando por fin todo estuvo en su sitio ella sacó dos sillas al jardín y ambos se sentaron a esperar la llegada del tren.*

*Sólo cuando estuvo sentada en el tren, mientras miraba por la ventanilla, sólo entonces fue capaz de susurrar. «Nadie hubiera venido a enterrarnos, lo sé; querían que viviéramos siempre así. Ellos creen que han alcanzado la otra orilla y nos querían dejar en este sitio donde todo ocurre siempre, como si permanentemente esperásemos la claridad de la vida antes de la niebla, y todo duele como la primera certeza de que nunca será así. No iban a volver para enterrarnos». Héctor no supo qué decir, pues su desconfianza era tan grande como su esperanza.*

María descendió despacio del tren. Tras la arcada que dividía el cuarto en dos miró el crecimiento desmesurado de la biblioteca durante aquellos años, paseó por la casa haciéndose cargo de los cambios y reconociendo tristemente los objetos que ella había dejado allí. La ventana del pasillo estaba abierta; se asomó con cierto temblor y, desde ese cuarto piso, olió la ciudad que tanto había echado de menos. Las calles grises le parecieron más cálidas que nunca y tuvo la sensación de encontrarse con un viejo y enorme animal de compañía. Buscó a Héctor por las añoradas habitaciones: lo encontró sentado junto a la ventana del despacho y supo que miraba la escena con los ojos del que está midiendo sus fuerzas. Nadie dijo nada. Con el mismo gesto abrigador, las dos mujeres fueron a la cocina a preparar otra taza de café. La tarde había caído tan de repente, tan sin pedir permiso, de la misma forma en que la memoria había regresado. «Tienes mejor aspecto del que esperaba. Lamento no poder decir lo mismo de Héctor». María la miró con la falta de odio del que no tiene más remedio que comprender y se arregló el pelo con algo de vergüenza, pues, a pesar de las buenas intenciones y de la culpa y del miedo, no tenía buen aspecto y lo sabía.

Reunidos con pesadumbre entre los libros, los dos hombres se miraban con más temor que hostilidad. Héctor sentía cierto placer en matizar lo

lamentable de su estado, en escenificar para aquel hombre sus ruinas. Además sabía que María y él no tenían otro recurso que la presencia. María regresó al despacho, acarició los lomos de los libros y se sentó junto a Héctor.

Sí, continuaba tranquila, ahora con la tranquilidad del que puede recordar sus sueños cada mañana. Sentada junto a la arcada que dividía el cuarto en dos siguió hablando. «¿Recuerdas, Héctor, el viaje que hicimos a Lisboa? ¿Y recuerdas que antes, antes de que decidiéramos hacer aquel viaje, yo te había dicho que quería irme unos días? No sé si tenía o no razón, ni si aquél era el tiempo, pero creo que ahora sí es tiempo de que me marche». «Lo sé, parece que ya no podemos seguir viviendo juntos para apuntalar meticulosamente nuestro olvido. Quién sabe».

María y Héctor los vieron marcharse desde el rincón del despacho. Seguía cayendo una lluvia remolona, casi imperceptible. Entonces ellos pudieron acostarse a dormir. Por la mañana, María estaba sentada al borde de la cama y miraba las ruinas de Héctor con la misma pertinaz esperanza de siempre. Cuando Héctor se despertó, María buscó un hueco entre su cuerpo y le dijo bajito: «Héctor, ya tenemos quien nos entierre».

## Guadalupe Grande

